

Ferias del Tiempo de Navidad (9 de Enero)

Primera lectura

1 Juan 4, 11-18

Si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros

¹¹Queridos míos, si Dios nos amó tanto, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros. ¹²Nadie ha visto nunca a Dios: si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y el amor de Dios ha llegado a su plenitud en nosotros. ¹³La señal de que permanecemos en él y él permanece en nosotros, es que nos ha comunicado su Espíritu. ¹⁴Y nosotros hemos visto y atestiguamos que el Padre envió al Hijo como Salvador del mundo. ¹⁵El que confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, permanece en Dios, y Dios permanece en él. ¹⁶Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él. ¹⁷La señal de que el amor ha llegado a su plenitud en nosotros, está en que tenemos plena confianza ante el día del Juicio, porque ya en este mundo somos semejantes a él. ¹⁸En el amor no hay lugar para el temor: al contrario, el amor perfecto elimina el temor, porque el temor supone un castigo, y el que teme no ha llegado a la plenitud del amor.

Salmo Responsorial

Salmo 72 (71), 1-2. 10-13

R. *¡Que se postren ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra!*

¹Oh Dios, concede tu justicia al rey y tu rectitud al descendiente de reyes, ²para que gobierne a tu pueblo con justicia y a tus pobres con rectitud. **R.**

¹⁰Que los reyes de Tarsis y de las costas lejanas le paguen tributo. Que los reyes de Arabia y de Sebá le traigan regalos; ¹¹que todos los reyes le rindan homenaje y lo sirvan todas las naciones. **R.**

¹²Porque él libraré al pobre que suplica y al humilde que está desamparado.

¹³Tendrá compasión del débil y del pobre, y salvará la vida de los indigentes. **R.**

Aleluya: Cfr. 1º Timoteo 3, 16

“Aleluya. Aleluya. Gloria a ti, Cristo, proclamado a los paganos; gloria a ti, Cristo, creído en el mundo. Aleluya”

Evangelio

Marcos 6, 45–52

Fue hacia ellos caminando sobre el mar

⁴⁵En seguida, Jesús obligó a sus discípulos a que subieran a la barca y lo precedieran en la otra orilla, hacia Betsaida, mientras él despedía a la multitud. ⁴⁶Una vez que los despidió, se retiró a la montaña para orar. ⁴⁷Al caer la tarde, la barca estaba en medio del mar y él permanecía solo en tierra. ⁴⁸Al ver que remaban muy penosamente, porque tenían viento en contra, cerca de la madrugada fue hacia ellos caminando sobre el mar, e hizo como si pasara de largo. ⁴⁹Ellos, al verlo caminar sobre el mar, pensaron que era un fantasma y se pusieron a gritar, ⁵⁰porque todos lo habían visto y estaban sobresaltados. Pero él les habló enseguida y les dijo: "Tranquilícense, soy yo; no teman". ⁵¹Luego subió a la barca con ellos y el viento se calmó. Así llegaron al colmo de su estupor, ⁵²porque no habían comprendido el milagro de los panes y su mente estaba enceguecida.

Comentario:

Tres elementos contiene este pasaje del evangelio: Jesús necesita intimidad con el Padre Dios; deja a los discípulos solos (casi obligadamente solos: v. 45) y, para ellos, comienzan las dificultades; por último, camina sobre las aguas y calma la tempestad: Jesús tiene poder sobre las fuerzas naturales.

Si uno se pregunta de dónde le viene ese poder, la respuesta parece lógica: de la oración. Del contacto fluido con Dios. No nos extrañe que nuestra vida esté llena de dificultades sin resolver, dificultades que nos abrumen y hundan en el gran océano de la vida... si no tenemos vida de oración, nunca vendrá Jesús sobre las aguas a decirnos: "Tranquilícense, soy yo; no teman" (v. 50). Orar, dejar a Jesús acercarse, es el modo de que la barca siga su buen camino hacia la orilla.

Meditemos:

- ¿Qué reacción tengo ante las "tempestades" de la vida?
- ¿Cómo va mi vida de oración?

Padre Marcos Sanchez